

damente á Julia, la cual supo disimular todavía, y aun mostrarse muy alegre y risueña al ambicioso joven...

Tal era el estado de las cosas cuando llegó finalmente el tan anunciado y calificado y presentido 1.º de Octubre.

LIBRO V

EL 1.º DE OCTUBRE

I

LOS NOVIOS

Sin que esto sea, ni por soñación, echar mano á última hora del pobre recurso dramático-moral llamado *Deus ex machina*, pues nada tiene de milagroso, ni aun de extraordinario en nuestro país, el que lleva al comenzar el Otoño (como lo demuestra el nombre de *Cordonazo de San Francisco* que se da vulgarmente al casi infalible temporal de la primera semana de Octubre), diremos que aquel tan simbólico y solemne día amaneció nublado y amenazando lluvia...

Pusiéronse, no obstante, en camino, con dirección al lugar, en cuanto Dios echó sus luces, caballeros en bien pergeñados mulos ó borricas, y con guitarra y algo de comer y beber, los novios, los compadres apoderados, el tío Antonio, la misma tía Francisca, que *al efecto* se había sentido un poco mejor, y otras diez ó doce personas de las más notables del cortijo, ó sea todas las mujeres que tenían mantilla y todos los hombres que tenían capa.

José no había querido montar el caballo de que era dueño desde aquel día por donación de nuestro héroe, sino

que, alegando el natural deseo de *llevar* á Brígida, iba en su antiguo mulo, sobre cuyo amplio aparejo redondo cabían perfectamente los dos catecúmenos de Himeneo, ella, sentada delante, con algo más que los menudos pies á la vista, y él, montado á grupas, rodeando con su brazo izquierdo el primoroso talle de la cerril princesa, y aun estrechándola involuntariamente á su corazón; de donde resultaba, por ley natural, que el bravo mozo había empezado ya á quererla con toda su vida... Conocíalo así la novia, y experimentaba como una especie de catalepsis de felicidad... Ni veía, ni oía, ni hablaba... Pero en su rostro se leía claramente la conciencia íntima de que era de José, de que José era suyo, y de que aquella unión se perpetuaría hasta la lejana hora de la muerte.

Mucho extrañaron algunos de los convidados que Julia y Guillermo se quedasen en el cortijo, en vez de ir á la iglesia á desempeñar su oficio de compadres. ¡Ya se ve!... Los pobres no entendían aquello de la *delegación* y los *poderes*, que les explicaba el tío Juan... Pero lo que sí entendieron todos fué la siguiente salida de una cortijera:

—¡Vaya! ¡Callasus! ¡Demasiado trabajo tiene nuestra... antigua ama con no atreverse á entrar en la casa de Dios acompañada de... quien todos sabemos!

—¿Qué quiere decir eso de *antigua*?—gritó el tío Antonio, desentendiéndose de lo principal, con pretexto de responder á lo accesorio.—¡La señora Marquesa es tan ama vuestra y mía como siempre!

—¡Porque usted querrá!—contestó el marido de la preopinante.—Pero el cortijo no es ya de doña Julia, sino de usted, que se lo ha comprado. El Notario de la villa se lo dice á todo el que lo quiere oír.

—¡Pues yo no quiero oirlo!...—repuso el noble viejo.—El cortijo será de la señora Marquesa en tanto que ella exista! y, cuando muera, ¡Dios dirá!...

—¡Es claro!...—observó el tío Juan el mulero con mucha sorna.—Cuando la Señora pase á mejor vida, se arreglará todo... Así, pues, dejemos estas conversaciones... y ¡á lo que vamos, vamos!... ¡Frasquillo! ¡Trae acá ese tocayo tuyo, y echaremos otra lágrima de aguardiente!... ¡Allá va, consuegro!... ¡A la salud de nuestros retoños!

II

LOS AMORCILLOS DE ZINC

En tanto que aquella alegre comitiva salía del vallejuelo del *Abencerraje*, Guillermo y Julia, solos en el palacio, donde únicamente había quedado el cocinero, que harto tenía que hacer con los preparativos del banquete nupcial, procuraban reirse mucho, y se reían bastante, colocando sobre el velador de la célebre *Glorieta*, capital y centro de la recién nacida *Isla de Cleopatra*, todo lo necesario para almorzar allí, sirviéndose á sí mismos, rodeados de jaulas, de pájaros y de innumerables macetas de flores...

—¡Al fin estamos un día enteramente solos!—exclamaba Guillermo.—¡Solos como Pablo y Virginia, ó como Atala y Chactas!

—En cambio...—respondió Julia,—á la tarde podrá acompañarnos demasiada gente...

—¡Eso no importa! En los cenadores del patio caben

todos los moradores del cortijo... Allí tendrán vino largo y bizcochos, y, si no quieres asistir á la fiesta, nos quedaremos en esta isla, celebrando el aniversario de nuestro conocimiento. Démonos prisa ahora á acabar de poner la mesa, amiga Hebe, ya que están partidos todos los fiambres, y no tardemos en sentarnos á almorzar, pues sólo faltan veinte minutos para las nueve, hora en que el regador echará el agua á la *Cascada*... ¡Verás cómo el murmullo de la espumante linfa alegre á estos cautivos pájaros y les hace romper á cantar lo mismo que en el ensayo del otro día! ¿Dónde está el Jerez? ¡Aquí está!... Lo tendremos abierto para brindar en el momento oportuno... Y ¡qué bien te sienta, vida mía, esa corona de flores que han ceñido á tus sienes mis indignas manos!... ¿Ves cómo no has hecho mal en admitirla? ¡Pareces la propia diosa del amor, ó sea la alma Venus de que te hablaba hoy hace un año!...

Por aquí iba Guillermo en su égloga cuando el cielo se puso más obscuro que boca de lobo, cual si el sol se hubiera arrepentido de salir aquel día y tornado á hundirse en el horizonte. No tronó, empero, ni relampagueó, ni cayeron rayos, como acontece en las óperas siempre que el libretista se propone castigar á algún impío... Lo que sucedió, de la manera más vulgar y prosaica, fué que de pronto empezó á llover copiosamente y con gran ímpetu, por haber saltado el viento de un cuadrante á otro; que el agua era de costado, y que, entrando furiosa en la *Glorieta*, golpeó é hizo revolar llenos de susto á los enjaulados canarios y jilgueros, deshojó todas las flores de tiestos y jarrones, mojó las viandas, bautizó el ya escanciado vino, y caló hasta los huesos á nuestros mismos

héroes, que no podían salir de su... llamémosla también *jaula*, sin exponerse á ser derribados por el turbión...

Al propio tiempo llegó á la *Cascada* la apetecida corriente del canal subterráneo, derivación de la acequia nueva; pero no fueron blancas espumas, sino parduscos chorreones de lodo, los que empezaron á caer de risco en risco... Aquel aluvión traía los turbios y pestilentes légamos del riachuelo salido de madre, y, por consecuencia, una masa de barro llenó muy luego la especie de laguna que había en torno de la *Isla de Cleopatra*; con lo que la sucia avenida comenzó á inundar el jardín y hasta la misma *Glorieta*, y los dos amantes, subidos en sillas, se vieron próximos á zozobrar en un mar de fango... En cuanto á los amorcillos de zinc, á las pinturas alegóricas y á las estatuas paganas de yeso mate, sentimos tener que decir que ya no quedaba de todo ello más que la memoria, poco lisonjera, de una buena intención digna de mejor causa.

Guillermo y Julia reían si había que reír, en medio de aquel naufragio de sus proyectos; pero, á decir verdad, su risa era algo convulsiva: la de Guillermo, porque semejante rebelión ó grosería de la Naturaleza le humillaba como un desaire de la fortuna, ó como una victoria de los ausentes cortijeros, y la de la *Pródiga*, porque, efectivamente, tenía una especie de convulsión de frío, á causa de estar empapadas todas sus ropas, y quizá también porque su espíritu no se hallaba predispuesto hacía días para reír con tanta violencia... Así es que las carcajadas de la deidad no tardaron en convertirse en sollozos, y su temblor en contracción nerviosa, que iba ya rayando en verdadera epilepsia...

Cedió finalmente un poco el aguacero, quedando convertido en lluvia mansa de tempestad, y el aterrado joven, que, semilloroso también, sujetaba á Julia entre sus brazos, pudo conducirla trabajosísimamente al piso de arriba. Acostóse la enferma, en tanto que él le preparaba no sé qué bebida calmante, y, con esto, y á fuerza de abrigo y dulces palabras, logró al cabo hacerla entrar en reacción y que se durmiera tranquila y sonriendo...

Pensó entonces en sus propias desdichas el infortunado inaugurador de monumentos amatorios: mudóse de ropa; pidió al cocinero algo que almorzar, y almorzó solo en su cuarto con más tristeza que apetito; encendió luego la chimena del salón, y calentóse allí largo rato, fijando una mirada, primero indiferente, después curiosa, y por último hambrienta, en la alta pila de cerrados periódicos que había sobre la repisa; levantóse y huyó, para librarse de la tentación de leerlos, y se asomó á todos los balcones y ventanas del edificio, á ver si por alguno descubría un pedazo de cielo raso...; pero halló que el tiempo estaba cerrado en agua para muchos días por los cuatro puntos del horizonte; y, en fin, no sabiendo qué hacer, y temeroso de renegar del clásico 1.º de Octubre, encaminóse de nuevo á la habitación de Julia, en el instante mismo que ella salía diciendo:

—Me siento bien...; y como te suponía muy aburrido y fastidiado, iba á buscarte...

III

HABLAR POR HABLAR

A todo esto no eran más que las once de la mañana.

Julia tomó también algún alimento, servida por nuestro héroe, que, decidido á divertirse mucho aquel día, se echó una servilleta al hombro y dijo mil donaires, afectando ser un mozo de comedor de la villa y corte... Y cuando aquella graciosa escena hubo terminado entre los aplausos de la doliente beldad, el reloj marcó las once y media.

Arrimáronse después á la lumbre: Guillermo dirigió á su amada algunas galanterías que ya le había repetido en varias ocasiones: dióle las gracias por la fina idea de haberse puesto aquel día la bata azul con que se le presentó por primera vez un año antes á aquella misma hora, y en seguida bostezó dos ó tres veces, mirando á las ascuas. Entretanto las agujas del reloj sólo habían avanzado hasta señalar... las once y cuarenta minutos.

Sin embargo, el terrible "*¿qué hacemos?*" no salió de labios del amante, y, seguramente para defenderse de decirlo, y no queriendo tampoco hablar del fiasco de la inauguración, buscó á toda prisa otra materia de coloquio, y tuvo la mala fortuna de fijarse en ésta:

—¡Ya se habrá casado el bárbaro de José! El año que viene tendrá un chico, y á los treinta y ocho años será abuelo... ¡Con qué prontitud y lisura hallan la felicidad estas gentes!... ¡Dijérase que nacen, viven, aman y se re-

producen, como los animales y las plantas, cuando determinan las estaciones!

La Pródiga se sonrió y luego expuso con afectada indiferencia:

—Verdaderamente, á ti te convendría mucho tener un hijo...

—Di que nos convendría á los dos...—apresuróse á responder Guillermo.—Yo no quiero felicidad ninguna que no proceda de ti... ¡Pero renocerás que sería muy dulce (hoy, por ejemplo, que no podemos salir de casa) ver aquí, entre nosotros, á un angelote que la mitad fuera Julia y la otra mitad Guillermo, con quien pasar el día oyéndolo disparatar!... Y no creas que esto es quejarme de mi suerte... ¡Con tu amor me basta para ser enteramente dichoso!... Es hablar por decir algo: *¡hablar por hablar!*, en una palabra.

—Habla, hombre, habla todo lo que quieras...—contestó pacientemente Julia.—¡Cuanto más claro hables, estaré más contenta y tranquila! Lo único que podría dolerme fuera que me ocultases algún dolor... ¡Tal seguridad tengo en poder curártelos todos, aunque sea á costa de extraordinarios sacrificios!...

—¡Lo sé!... Pero la conversación toma un giro demasiado triste...—replicó el joven.—Déjame dormir aquí un poco, que hoy me he levantado con estrellas y tengo sueño... Verás cómo me despierto de mejor humor... Si entonces ha dejado de llover, montaremos á caballo, y pasaremos por el valle hasta la hora de sentarnos á la mesa con esos presumidos y estúpidos novios, con los avisados autores de sus días y con la bachillera madrina suplente, á todos los cuales siento ya muchísimo haber

dispensado tanta honra y tener que dirigir la palabra... En fin; ¡te digo que el aleroso temporal de hoy me ha disgustado de un modo atroz!... Pero no te marches, vida mía... Quédate... y mírame... ¡Ah! ¡Dormir en este sitio, sabiendo que tú me velas en ese otro, no será dormir realmente!... ¡Será una deliciosa embriaguez de amor!... ¡Qué bonita eres, Julia, y qué buena!... Si no he despertado á las doce, llámame... ¡Lástima de mis estatuas... y de mis amorcillos... y de mis inscripciones!...

Así diciendo, el fastidiado poeta se quedó profundamente dormido.

Julia dejó de mirarlo entonces, y murmuró, cruzada de brazos y fijos los ojos en las cambiantes brasas del hogar:

—¡1.º de Octubre!...

IV

LA VUELTA DE LA BODA

Abismada en honda meditación, que alternativamente le hizo sonreír de un modo siniestro, ó temblar como si recibiera crueles heridas, permaneció mucho tiempo *la Pródiga*, hasta que, cerca de la una, la sacó de aquel horrible estado el lento andar de muchas caballerías que pasaban por debajo de los balcones, y que al fin se pararon á la puerta del palacio.

—¡Silenciosa y desanimada vuelve la boda!...—pensó, yendo á asomarse á los cristales.

Y el ruido que hizo al moverse despertó á Guillermo, el cual se acercó á ella, diciéndole con ternura:

—¡Qué bien he dormido!... Por cierto que he soñado que estábamos en Madrid..., y que tú, gran pícara, querías á otro... Pero ¿qué diantres ocurre ahí abajo? ¿Por qué manotean tanto en silencio esos imbéciles?

No se había equivocado Julia: todos los cortijeros regresaban del pueblo muy lúgubres, como si alguna desgracia, amén de la de mojarse, les hubiera pasado. Había más: José estaba furioso, á juzgar por los golpes que se daba en la cabeza; Brígida lloraba á lágrima viva, y el tío Juan le enseñaba el puño, amenazándole; la tía Francisca cuestionaba al oído con el tío Antonio, y éste no cesaba de hacer enérgicas señas á unos y á otros para que callasen. Todos los personajes nombrados y la suplente Antonia se habían apeado ya de sus cabalgaduras, mientras que los demás, es decir, los testigos de ambos sexos, seguían montados; y por cierto que se reían irónicamente ó ponían semblante de indignación y repugnancia, según las alternativas del caso...

Pronto comprendieron Guillermo y Julia, por los ademanes y gestos de aquellas gentes, á qué se reducía la cuestión... Resistíase Brígida á entrar en el palacio, y quería encaminarse á su casa. Forcejeaba el tío Juan para obligarla á lo contrario. José estaba de parte de Brígida, y le hacía señas de que no cediese. La tía Francisca parecía disculpar ó justificar la oposición de su nuera á subir á ver á los Señores y á comer con ellos. El tío Antonio apoyaba al tío Juan, mostrándose apuradísimo ante la idea de que se hiciese tamaño desaire á su ama, y los espectadores influían todo lo posible, con

imponente unanimidad, para que los novios los siguieran al caserío, haciendo al efecto con manos y cara demostraciones de aversión y desprecio á la noble vivienda.

Julia y Guillermo no se hablaban; pero estaban pálidos de terror y de cólera. ¿A qué obedecía aquella insolente sublevación, aquella ingratitud, aquel insulto, cuando José, Brígida y sus parientes estaban conformes la noche antes en comer con ellos y hasta parecían muy agradecidos á tal distinción? ¿Por qué se negaban á presentarse á sus efectivos compadres, que tantos regalos les habían hecho? ¿Ni cómo se mostraban tan hostiles los demás vecinos de la cortijada, después de haberle ofrecido al tío Antonio ir al baile y al refresco?

Preguntándose estaban todas estas cosas Guillermo y Julia, cuando el tío Juan los divisó á través de los cristales, y señaló á ellos, como si dijera:

—¡Ya veis que nos están mirando, y que es indispensable entrar!

El argumento surgió maravilloso efecto. Todos los cortijeros y cortijeras extraños al conflicto se avergonzaron y asustaron, y corrieron á esconderse en sus tugurios, mientras que los convidados á comer penetraron en el palacio, llenos de terror, por aquello de que no es fácil ni llano desobedecer ó desacatar de pronto á los poderes que se han respetado largo tiempo.

Julia se apartó del balcón y se dirigió á la puerta, con aire resuelto y digno, como si fuese á tomar una determinación heroica.

Pero Guillermo la atajó, preguntándole secamente:

—¿Adónde vas?

—A hablar con el tío Antonio y á poner término de

una vez á estas majaderías...—respondió *la Pródiga*, fingiendo dar poca importancia á lo sucedido, al ver la actitud airada de su amante.

—No son majaderías... ¡Son cosas muy graves, en que yo debo intervenir directamente!—replicó el joven con altivez y despecho.—¡Necesito oír de labios del mismo capataz la explicación de la asquerosa lucha que hemos presenciado! ¡Estoy harto de aguantar groserías de estos rústicos! Si te permitiera ir á entender en el nuevo agravio que nos hacen, lo transigirías con tu excesiva bondad, dejándome expuesto á mayores ofensas!... ¡Tío Antonio! ¡Tío Antonio! ¡Suba usted inmediatamente!

Estas últimas voces las daba ya el huésped desde el corredor, adonde había salido muy furioso, desentendiéndose del mudo ruego que Julia le dirigía con las manos cruzadas.

Regresaron luego los dos amantes al salón. *La Marquesa*, contraída y torva, como presintiendo irremediables desdichas, sentóse en el sitial que acostumbraba, y reclinó la frente sobre una mano, mientras que Guillermo se paseaba con rapidez, ó más bien daba vueltas en medio de la estancia, á modo de enjaulado león en el acceso de la calentura.

V

¡EXAGERACIONES!...

No tardó el tío Antonio en preguntar desde la antecala:

—¿Dan los Señores licencia?

—¡Entre usted y déjese de zalamerías!—gritó el joven.

El pobre viejo se presentó más amarillo que la cera y dirigió á su Señora una mirada de suprema angustia.

Pero *la Pródiga* tenía clavada la vista en el fuego, y no se dió por entendida de la llegada de su antiguo servidor y actual dueño del palacio y del cortijo.

—Explíqueme usted, sin embustes ni circunloquios—continuó Guillermo, plantándose enfrente del anciano,—por qué razón y motivo, ni su mujer de usted, ni su hijo, ni su nuera querían subir á vernos, cuando les hemos dispensado el honor de ser padrinos de la boda y convidarlos á nuestra mesa.

—Señor...—tartamudeó el tío Antonio, apoyándose en una silla para no caer al suelo:—la Señora sabe que yo no discurro nunca embustes...

—¡Pues la Señora le manda á usted en este momento que diga cuanto sepa!—repuso el joven.—¿No es cierto, Julia?

—Habla, Antonio...—pronunció secamente la dama, sin apartar la vista de la lumbre.

El anciano volvió á clavar los ojos en la rígida figura de *la Marquesa*, cuyo rostro expresaba juntamente desesperación y conformidad, y dos lágrimas corrieron por sus arrugadas mejillas...

Limpióselas luego con los dedos y exclamó respetuosamente.

—Señorito... ¡Bien sabe Dios que quisiera haberme muerto el año pasado tal día como hoy!... ¡Bien sabe Dios que preferiría ver amortajada á mi mujer ó comido de lobos á mi hijo, á tener que contar delante de mi Señora

lo que nos ha pasado esta mañana en el pueblo!... Pero, en fin, sus excelencias han visto desde el balcón la cara que traían todos los acompañantes de la boda, así como el llanto de Brígida y de mi mujer, y de nada serviría que yo negase que... ¡vamos!... se nos ha agüado la fiesta. Por consiguiente, lo mejor de todo es no acordarse más de este desgraciado casamiento...

—¿Qué ha sucedido en el lugar?—tronó el joven, disfrazando ya su terror con la ira.—¡Vamos! ¡Pronto! ¡No tema usted que nos muramos al saberlo! ¿Se ha negado el Cura á casar á José porque yo no he ido todavía á su muy amada iglesia?

—¡Ave María Purísima! No, señor...—respondió el capataz, entonándose algo.—No es eso precisamente... ¿Qué tiene que ver lo uno con lo otro? ¡Dios nos libre! ¿Por qué había de pagar mi hijo culpas..., digo, faltas..., digo, obligaciones ajenas?... Lo que ha pasado (y por eso venían todos los acompañantes tan prevenidos contra esta casa, y Brígida y mi mujer tenían tanto miedo de subir)..., es que el Sr. Cura, después de explicarnos, según costumbre... (perdone la Señora), que los que no van á misa, y, no estando casados, viven como casados... (perdone el Señor), no son..., ¡vaya!, no son, cual si dijéramos, amigos ni conocidos de la Parroquia..., acabó declarando que no podían sus excelencias servir de padrinos de casamientos..., ni de nada que tenga relación con Nuestro Señor Jesucristo...

—¿Y qué? ¿No se han casado José y Brígida?—preguntó vivamente Julia, levantándose muy sonrojada.

—¡Sí, señora!... ¡Sí, señora! ¡Ya están casados!...—se apresuró á responder el labriego.—Pero vuestras ex-

celencias no han figurado como padrinos, ni tan siquiera de nombre... El tío Juan y su sobrina Antonia han sido los verdaderos compadres...

Julia y Guillermo se miraron con horrible tristeza.

—¡Figúrense ustedes...—prosiguió el tío Antonio, creyendo atenuar el caso—qué cosas no habré yo dicho al Sr. Cura para ver si les evitaba semejante desaire, de que pronto se enteró todo el pueblo, gracias á la mala fe del intrigante secretario!... Pero su merced, que es hombre muy atestado y valiente, aunque parece una mosquita muerta, se puso por las nubes, y hasta habló de..., creo que dijo *descomulgarnos*, y de no darnos ya nunca la absolución á los que defendiéramos ó habláramos á los enemigos de Dios y de la Virgen... (En fin, ¡exageraciones!... Pues yo sé que la Señora es una santa, aunque ahora esté algo distraída y no vaya á la iglesia...) Sin embargo, como estos infelices no han visto el mundo más que por un agujero... (¡yo estuve en Madrid con el difunto Sr. Marqués, que santa gloria haya!), son tan poca cosa, y tan asustadizos, que comenzaron á llorar y á pedir perdón, y hasta mi propia mujer me faltó al respeto... En una palabra: ¡yo no sé qué camino tomar hoy para meter por vereda á esas gentes, y creo que lo mejor será no hacerles caso, ínterin llega el 15 de Agosto del año que viene y los despida á todos!... En cuanto á mi mujer, y á mi hijo, y á Brígida, yo respondo con la cabeza de que subirán á comer en cuanto los Señores les avisen...

—¡Que no suban!—exclamó Guillermo con arrogancia, mientras *la Pródiga*, falta ya de valor, volvía la cabeza para que no la viesan llorar, y se dejaba caer sobre

una silla.—¡Que no suban! ¡Dígales usted que ya no hay comida de boda, ni baile, ni refresco, ni necesitamos volver á verlos jamás! Usted mismo puede retirarse... El cocinero nos bastará para todo, en tanto que mando por criados á la capital.

El tío Antonio, el verdadero amo del cortijo, se inclinó hasta el suelo con más dolor que enojo, y dió un paso atrás para irse, no sin dirigir á la *Marquesa* otra mirada de amor y compasión.

Julia se levantó entonces: dió á besar su mano al pobre viejo, y, volviéndose hacia el irritado huésped, dijo:

—Mi buen Antonio no tiene la culpa de nada, y merece ser tratado con mayor consideración. ¡Vete, Antonio!... Luego te llamaré y hablaremos... En cuanto á la comida, baile y demás festejos de dentro de esta casa, di que estoy enferma y que se dejan para otro día... Celebraré qué tus hijos sean venturosos muchos años...

El fiel servidor cubrió de lágrimas y besos la mano de la *Pródiga*, y se retiró, sin volver la espalda, después de hacer otra profunda reverencia á Guillermo.

VI

MODUS VIVENDI

—¿Qué has determinado? ¿Qué vas á decir á solas al capataz?—preguntó agriamente Guillermo á Julia cuando se quedaron solos.

Julia respondió con asombrosa calma:

—Nada pienso decirle de estos asuntos, ni nada te-

nemos que hacer, pues nada importante nos sucede. Sin tu fatal inclinación á la popularidad y á la gloria; sin la ambición que te disgustó de Madrid, que á mí te trajo, y que aquí te hace remover cielo y tierra para darle alimento; sin tu imprudencia de fijar la vista y buscar admiración y aplauso en el mísero *público* de una cortijada, no tendríamos que lamentar la escena del 15 de Agosto, ni la de hoy, pues ni aun el pobre Cura hubiera vuelto á recordar que estábamos en el mundo... Pero has pedido á la soledad los *obsequios sociales*, y te ha contestado con todos los *inconvenientes de la sociedad*. Debemos, pues, olvidar lo ocurrido; no volver á pensar en los humildísimos rústicos que nos rodean, y buscar la dicha en nuestra propia alma, en nuestra amistad, en nuestro amor..., si es que todavía te bastan estas cosas para ser feliz...

Guillermo inclinó la cabeza con abatimiento, y murmuró después de una pausa:

—¡Execrados por todo el mundo!... ¡Esto no se puede aguantar! ¡Despidamos á esos atrevidos patanes!... ¡Busquemos nuevos colonos y servidores!

—¡Eso no!—respondió Julia.—Antes me marcharía yo misma que despedir de la tierra en que nacieron á doce familias honradas... Además: yo no tengo aquí hoy tantas atribuciones como te he hecho creer.

—¡Pues marchémonos á otra casa de campo, donde nadie nos conozca!... Yo soy rico...

—¡Acabaría por sucedernos lo mismo que aquí, á menos que viviéramos *enteramente solos*, lo cual únicamente es práctico y hacedero en las novelas! Dondequiera que vivamos, las leyes y las creencias, y por consiguiente los hombres, serán enemigos de nuestra ilegítima ventu-

ra... Ya te lo anuncié hoy hace un año. Resignémonos, pues, á vivir totalmente incomunicados con la especie humana, cosa que á mí no me mortificaría de ningún modo y que bien podemos hacer en este mismo cortijo, sin más que cerrar los ojos al pasar por delante de las cabañas de esos labriegos... ¡Servidores que lo sean hasta dentro de su espíritu; criados enteramente serviles, ó sin conciencia, podremos traerlos de la capital!... Aquí no los hay.

—¡Otra idea me ocurre!—agregó el joven con la mayor naturalidad.—¡Vámonos á Madrid!... Allí se tolera todo... Allí hay libertad: allí hay... hasta soledad en medio del bullicio y de la muchedumbre...

Julia lo miró con espanto y dijo:

—También hablamos de eso el año pasado lo bastante, para que comprendieras que no debías proponérmelo hoy!... Además: yo creía que posteriormente, en la corte, habrías formado cabal juicio de lo que yo he sido en el mundo, llegando á conocer que la marquesa Julia de *** no puede volver á la sociedad sin muchos millones con que aplastar á antiguos envidiosos y constantes hipócritas. ¡Desgraciado de ti si fueras á Madrid conmigo!... ¡Los duques y los ministros te tratarían con más horror que estos cortijeros! Convéncete, Guillermo... Yo no personifico la sociedad, ni la familia... ¡Yo no soy más que el amor, el amor natural, el amor libre, sin otros goces que el culto recíproco de dos seres aislados!... Tampoco dejé de advertírtelo en nuestra primera conferencia... Así pues, el día que yo no baste á tu felicidad, déjame y vete, ya sea en busca de otro amor..., ya sea en demanda *de tu futura familia*, como lealmente te aconsejo. Esto es hablarte según cumple hablar á la llamada *Pródiga*; y, en

la inteligencia de que así lo harías, te dí hace siete meses mi amor, el resto de mi vida, el resto de mi paz, el aprecio de que aquí gozaba, todo lo que yo era y podía ser en el mundo... ¡Imagínate ahora cuánto te adorará mi corazón, supuesto que no estoy arrepentida de aquel sacrificio!

Guillermo, á fuer de joven y de impresionable, quedó deslumbrado, al par que lleno de gratitud y lástima, ante aquel abismo sin fondo de generosidad y ternura... Dominó, pues, las tremendas emociones que aun agitaban su ánimo, y exclamó apasionadamente:

—¡Julia mía!... ¡Dices bien!... Tú y yo nos bastamos para ser felices... ¡Dondequiera que los dos estemos, nos sobrará el mundo, en el cual no tenemos para qué fijar los ojos!... ¡Seguiremos, por consiguiente, viviendo aquí años y años, sin volver á pensar en las ridiculeces que tanto nos han amargado en el día de hoy! ¡Ven á mis brazos, gloria de mi alma, y perdóname todo lo que te ha hecho padecer mi inexperiencia!

VII

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cuentas atrasadas Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Guillermo y Julia comieron solos y opíparamente, servidos por el cocinero en persona, sin que ninguno de los dos se rebajase á preguntar qué era entretanto de los novios y de sus afligidos padres y asustados amigos.

Terminada la comida á cosa de las tres, y visto que seguía lloviendo, decidieron jugar á las damas.

La partida empezó con mucho entusiasmo y palabrería; pero no tardó el joven en observar que su hermosa antagonista jugaba mejor que él, y que procuraba ocultarlo y no ganar, por no herirle en el amor propio... Aburrióse, pues, el poeta-ingeniero, y pretextando dolor de cabeza, dijo con visible mal humor:

—¡Qué juego tan soso!... Si te parece, lo dejaremos...

¡Verdaderamente, el pobre estaba algo febril, por resultas de las contrariedades de aquel infausto día!

Al cabo de un momento, se puso á tocar el piano. Pero era tal la crispadura de sus nervios, que no acertó á darse gusto, y aun incurrió en muchas faltas de ejecución material...

Volvió, por tanto, al lado de Julia, y, no sabiendo cómo pasar la tarde, tuvo la degradingada ocurrencia de decirle:

—Supusiste hace poco que yo había oído contar en Madrid tus aventuras... En efecto: allí me han referido versiones muy distintas... Y, pues nada mejor tenemos que hacer en este momento, podrías narrarme tu verdadera historia, en la seguridad de que yo la oiría con indulgencia y mansedumbre..., aunque hiriese mi vanidad de amante...

—¡Mi historia no es para contada, sino para olvidada!...—respondió *la Pródiga* con viveza y mal disimulado enojo.—Y ahí tienes otro de los inconvenientes de amar á deidades que no son niñas ni han sido santas... ¡Mucho, muchísimo siento, vida mía, que no te pertenezca ni pueda lisonjarte mi pasado!... ¡Pero tal es la verdad!... *Sic fata voluerunt!*

Guillermo se picó á su vez, aunque conociera que ha-

bía estado inconvenientísimo; pero fué tanta su soberbia, que todavía, atendiendo más á unos tardíos y retrospectivos celos que á toda consideración de hombre galante, replicó ferozmente:

—Declarar que tu pasado *no me lisonjea*, quiere decir, cuando menos, que *lisonjea tu memoria*... Sepa yo, pues, hasta qué punto he sido *aventajado* por otros, y así podré corregirme...

—Tú estás malo, hijo mío... ¡No hablemos más hoy, si te parece!—repuso Julia temblando de vergüenza y de desprecio.

Y, en seguida, se echó á llorar.

Guillermo se aterró al ver las consecuencias de su falta, no menos que se había complacido en cometer la falta misma, y consoló prolijamente á la Marquesa, parafraseando estos conceptos:

—Efectivamente, estoy malo... Perdona que tenga celos hasta del aire que respiraste antes de yo conocerte... Todo lo que yo pueda decirte desagradable es amor, y sólo amor... Procuremos pasar contentos las últimas horas de este malhadado día en que tan felices esperábamos ser...

Julia perdonó á su rendido amante, ó, por lo menos, le sonrió con inagotable dulzura.

VIII

SIN MÚSICA

Así llegó la noche, cuando apenas eran las cinco y media.